

á tientas Rosalía y vacilante
para hacer más graciosa una postura,
sobre el rostro de Julio agonizante
con el pie se asegura;
pisa, se afirma, la sedienta boca
del moribundo con el pie sofoca;
suena un ruido, la losa desprendida
aplasta á Julio en su mortal caída;
y siendo á un tiempo muerto y enterrado,
besó el pie que le ahogaba, el desdichado,
con el último aliento de su vida!



ESCENA V

El alma en venta

JULIO. — SATANÁS

Así con Satanás Julio habló un día:
— ¿Quieres comprarme el alma? — Vale poco.
— Tan sólo por un beso la daría.
— Antiguo pecador, ¿te has vuelto loco?
— ¿La compras? — No. — ¿Por qué? — Porque ya
(es mía.



DICHAS SIN NOMBRE

POEMA EN UN CANTO

Al popular escritor el Sr. D. Ramón de Navarrete y Landa (Asmodeo) su antiguo amigo y compañero — EL AUTOR.

I

Lo tengo bien presente.
La quinta de Pombal, honra del Tajo,
se encuentra río abajo, río abajo,
saliendo de Lisboa hacia el Poniente.
En Portugal los sueños son pasiones;
y en el bello jardín que os he nombrado,
hecho por algún sabio enamorado
del arte de avivar las tentaciones,
un día, el más hermoso de mi vida,
niñas bellas y jóvenes rendidos,
jugamos á escondernos, y en seguida
á volvernlos á hallar bien escondidos.

II

¡Cuánta divina cosa
se agolpa á arrebatarnos el reposo
en esa edad dichosa
en que es encantador lo peligroso!
Así una inglesa, hasta dar miedo, hermosa,
en aquel día para mí dichoso,
merced á la bondad de cierta prima
que me dió cierta fama de poeta,
al verme se animó, como se anima
al soplo del abril la violeta;
y siendo aquella vez la vez primera
que del amor la música escuchaba,
la niña me miraba
poniendo en su mirada el alma entera;
pues su candor, que era su grande encanto,
era tan ultra-inglés, que todavía,

teniendo ya quince años, no sabía
por qué los hombres la miraban tanto;
y sin saberlo, ardiente,
no os engaña mi lengua si os confiesa
que en sus labios tenía, aunque era inglesa,
los mortales perfumes del Oriente.

III

Yo la miré también con vivo fuego,
y, después de mirarnos,
corrimos á escondernos: si bien luego
jugamos, escondidos, á adorarnos,
que en el mundo el amor siempre está en juego.
Y, mientras llena de inquietudes ella,
de un rincón del jardín tomó el camino,
más rápida y más bella
que una fúlgida estrella
que corre por los cielos sin destino,
yo la seguí atrevido,
sintiéndome exaltado
por el vapor caliente y colorado
que arroja el Tajo por el sol herido;
y en un cierto rincón que parecía
á trechos arenal y á trechos prado,
se escondió bien á espaldas de un vallado,
para que yo la hallase si quería.
Mas lo que es una infamia, es que aquel día
me dijo ella su nombre y lo he olvidado;
y no encuentro manera,
por más que la conciencia me remuerde,
de recordarlo ahora, que era... que era...
ya lo diré después cuando me acuerde.

IV

No sé bailar como se baila hoy día;
mas llegué hasta á bailar con elegancia
cuando yo, á los veinte años, escribía
mis versos para el uso de la infancia;
y hoy todavía entiendo
que á correr (no á bailar) nadie me gana,
aunque ya voy teniendo
bastante edad para morir mañana.

Por eso corrí tanto, aunque sentía
mis nervios por el rayo sacudidos,
cuando al irse á esconder ella corría
como una cierva al escuchar ladridos.
¿Si por estos pueriles devaneos
me mirará, algún día, el cielo airado,
como miran los jueces á los reos?
¿Por qué el tener amor será pecado?
¿Qué mal harán á Dios nuestros deseos?

V

Y aunque es fama que, ardiente y seductora,
coge el saber la adolescencia al vuelo
y mira con placer, cuando lo ignora,
cuánta ciencia se aprende en una hora,
si es la hora marcada por el cielo,
echando entonces del pudor el velo,
ni de una sola esquina
tiraron mis amantes inquietudes,
pues siempre, entre ella y yo, la muselina,
haciendo una aspillera de virtudes,
levantó una muralla de la China.

VI

Sólo una vez, al estrechar su mano,
robó de mis entrañas el sosiego
un poco de aquel fuego
que ha enterrado á Pompeya y á Herculano.
Víctima del mutismo
que da el amor, cuando en la fiebre toca,
se quedó en celestial sonambulismo;
y no pudiendo hablarme con la boca,
me hablaba con los ojos, que es lo mismo.
¿Estaba ella en el mundo? Lo ignoraba...
Mas ¿cómo se llamaba?... Se llamaba...
¿Echarán nuestros nombres en olvido,
lo mismo que los hombres, las mujeres?
Si olvidan, como yo, los demás seres,
este mundo, lector, está perdido.

VII

Después quiso el destino
que por un claro enorme que tenía

aquel vallado pérfido de espino,
se asomase una faz que parecía
conservada en espíritu de vino;
y era la cara extraña
de la madre dichosa de la inglesa,
que á aquel sol, que es igual al sol de España,
tomaba esa apariencia de la araña,
pronta siempre á caer sobre su presa,
y que, creyendo un crimen descubierto,
me parecía con la boca abierta
la hiena que olfatea carne muerta
en el viento que sopla del desierto:
mas la joven, prudente,
fingió serenidad con tanta gracia
ante el horror de la acritud materna,
que me hizo ver que, cuando se ama y siente,
en materias de amor y diplomacia
cualquiera niña es *la mujer eterna*.

VIII

Mientras la madre á su malicia atenta
me echaba unas miradas de soslayo,
miradas mitad sal, mitad pimienta,
la niña, traspasada,
como quien siente el látigo de un rayo,
se volvió del jardín hacia la entrada,
velados de estupor sus ojos bellos,
roja la frente, pálida la boca,
y además llenos de heno los cabellos,
aunque no, como Ofelia, por ser loca;
y mirándonos fuimos á hurtadillas,
cuando ya, huyendo el sol de las estrellas,
nos volvió á la ciudad, entre otras bellas,
un coche empavesado de sombrillas.
Y en tanto que en la eléctrica corriente
de sus calores vírgenes se ahogaba,
besaba con mis ojos santamente
á la niña gentil, que se llamaba...
¡Oh malhadado olvido!
Para sacar del fondo de mi historia
su nombre en mis entrañas escondido,
en vano reavivando mi memoria,
con mi tambor, por la metralla herido,
toco llamada á mi perdida gloria!

IX

Y cuando el hado adverso
me arrebató hacia España al otro día,
lo mismo que Rousseau, cuando sentía,
me ahogaba en la extensión del universo.
Y ¡lo que es el amor, divino cielo!
aunque olvidé su nombre,
de pensar si habrá amado á algún otro hombre
casi frunzo las cejas como Otelo.

¿Se habrá casado? ¡Oh pensamiento horrible!
¿Cómo arde mi cabeza! ¿Estaré loco?
¿Si habrá muerto de amor? Es muy posible;
¡los niños muy precoces viven poco!

X

¿Qué habrán hecho los años envidiosos
de aquella imagen de serena frente,
con uno de esos rostros candorosos
que hacen pecar á un hombre mortalmente?
¿Acaso en este crítico momento
mandará un regimiento
de héroes futuros, cual su madre, hermosos,
como una valerosa coronela,
sorda al ruido del fuego y de las balas?
Y como el tiempo vuela,
¿formará entre las viejas generalas?
¡Generalas!... Esto es, ¿será ya abuela?
¿Será abuela la niña encantadora
que... (esperad que me acuerde) se llamaba...
¡Diera un millón por recordar ahora
su nombre... que acababa... que acababa...
no sé bien si era en *ira* ó si era en *ora*!

XI

Estoy desesperado
al ver cuánta lectora,
viendo mi olvido, exclamará: — ¡malvado! —
¡Malvado! Sí, señora;

pero yo, ¿qué he de hacer si lo he olvidado?
Mas ¿seré el primer hombre
que se olvidó de una mujer querida?
¡Ay! Yo bien sé que el olvidar su nombre
es la eterna vergüenza de mi vida.
¡Dejad que á gritos al verdugo llame!
¡Que me arranque á puñados el cabello!
¡Soy un infame, sí, soy un infame!
¡Ahórcame, lectora: he aquí mi cuello!

XII

Mas si he de ser ahorcado
por alguna mujer que, consecuente,
el nombre de un amor no haya olvidado,
entonces, confiado,
aun pudiera vivir eternamente.
Pero quiero morir, ¡oh rabia! ¡oh mengua!
¡No hay tormento más grande para un hombre
que el no poder articular un nombre
que se tiene en la punta de la lengua!
¡Oh tú, mi antiguo fiador, el viento!
Dí á todos, pues lo sabes,
cuántas veces mi amor de pensamiento
la remitió memorias por las aves.
Recuérdale á mi oído,
canoro ruiseñor de la enramada,
el mágico sonido
de aquel nombre olvidado, aunque querido!
¿Era Sara?... ¿Era Emma?... Nada, nada,
¡no sale, aunque lo tengo aquí escondido!

